

Américo Castro Quesada. El historiador heterodoxo

Por *Luis Javier Moreno Ortiz*¹

I

La historia debe ser fiel a los hechos. Lo que aconteció puede y debe interpretarse Collingwood (9), no es una tarea de recepción pasiva y mecánica (Carr 80). Pero en este ejercicio no se puede dejar de lado o por fuera, por el prurito de mantener una versión ideal o idealizada, aspectos relevantes de la realidad, so pena de caer en lo que Bosanquet, citado por Collingwood (7), denomina «*El dudoso relato de acontecimientos sucesivos*».

La historia no es leyenda, es algo más humilde y, al mismo tiempo, más real: la búsqueda de realidades concretas, a partir de los hechos históricos, de su noticia: los datos y del acceso crítico a sus fuentes (Appleby 162, 163; Collingwood 22) o, como la califica con grandeza Bloch (26) «*ciencia de los hombres en el tiempo*».

Si bien los hechos en sí no cambian, en tanto noúmenos, sí puede cambiar la noticia que tenemos de ellos, o la importancia que les atribuimos, con lo cual, los hechos históricos, en tanto fenómenos, están sometidos a una crítica incesante y, en cierto modo, a un proceso de reelaboración por parte de cada historiador (Carr 88), que a veces puede verse como un proceso creador (Childe 114).

¹ Miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Jurisprudencia, Bogotá, Colombia. Doctor en Derecho de la U. Sergio Arboleda, Bogotá, Colombia; Magíster en Derecho de la U. Sergio Arboleda, Bogotá, Colombia; Especialista en Derecho Administrativo de la U. del Rosario, Bogotá, Colombia; Abogado de la U. Sergio Arboleda, Bogotá, Colombia; Filósofo de la U. Sergio Arboleda, Bogotá, Colombia. Director del Instituto de Estudios Constitucionales de la U. Sergio Arboleda, Bogotá, Colombia. Actualmente es Magistrado auxiliar de la Corte Constitucional de Colombia y profesor e investigador universitario.

Al fin y al cabo, salvo para quienes son contemporáneos y los vivieron, como le correspondió ¿en suerte? a Vilar (2004) con el convulso siglo XX, el conocimiento de los hechos es indirecto, no presencial. Por tanto, este conocimiento requiere del uso de fuentes, de la reflexión crítica y de un significativo esfuerzo de comprensión (Bloch 13). Para este esfuerzo es necesario el concurso de otras disciplinas, de las que no se puede prescindir, como lo muestran con claridad Carr (2017), Childe (2008) y Braudel (1974): la arqueología, la antropología, la biología, la genética, la sociología y la lingüística.

La comprensión de los hechos históricos exige, como presupuesto insoslayable, la comprensión de su protagonista, el hombre (Bloch 25), entendido como individuo y no como mera abstracción (Febvre 41). Esta comprensión, que puede calificarse como imaginativa (Carr 90), revela que, sin humanismo, la historia deviene en artificio, en un juego de mecanismos y de máquinas.

Es el ser humano el protagonista de los hechos históricos y es, también, el hacedor de la historia, sea en el ámbito coyuntural de la historia meramente individual, sea en el ámbito social, en el que ocurre la historia profunda, según dice Braudel (33, 34). De ahí que la historia no pueda asumirse como un ejercicio meramente positivista, sino que deba ser siempre una actividad profundamente humanista. Así lo propone Collingwood (68, 69), al aludir a las *res gestae*, entendida esta expresión como «actos de seres humanos que han sido realizados en el pasado», y así también lo asume Febvre (40), para quien la historia se ocupa de «las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos».

El ser humano es, pues, el eje del relato. En torno a él se pueden y deben organizar los datos y los hechos históricos. Sin él apenas queda espacio para las conjeturas o para las invenciones. Si bien cada hombre es un hombre de su tiempo, con la carga circunstancial que de ello se sigue, es posible

comprender su historia y, por tanto, la historia de ese tiempo, a partir de lo que es el hombre que la estudia y de su actualidad (Flórez 143, 144).

Lo que hoy es justamente lo es por lo que ha sido antes. Sin el pasado no existiría el presente. Así, pues, hay claros vestigios del pasado en el presente, de tal suerte que en este se pueden encontrar elementos útiles para el trasegar en el tiempo, elementos que guardan en su interior la huella de días idos y la memoria de aquello que ya nadie recuerda, pero que todavía vive en nosotros. Somos seres históricos y nuestra identidad es, también, histórica (Pluckrose 21).

Conocer el presente y, sobre todo, conocerse a sí mismo, parece ser un presupuesto necesario para conocer el pasado y, por tanto, conocer a otros. La primera historia que nos interesa y acaso la que no sea posible soslayar es la propia. A partir de lo que soy, puedo intentar comprender lo que han sido mis antepasados, en tanto grupo humano con caracteres propios y distintos (Contreras 18 - 66), lo que es su historia (Walsh 52). En ambos esfuerzos cognoscitivos, cuando se trata de seres humanos, la lengua tiene un papel crucial.

Lo que soy, siento, pienso, vivo, sufro, etc., depende mucho de la lengua que hablo (Vygotsky 2010). El que esta misma lengua, con los matices que suelen darse en el tiempo, haya sido la de los hombres que me antecedieron, quienes me la legaron, hace que haya entre nosotros un vínculo cultural e histórico. Como dijo Pessoa, «*mi patria es mi lengua*», o Rilke, «*la patria es la infancia*», aludiendo a la versión noble de patria, la que viene de padres, y no de abstracciones modernas, también podría decirse que la lengua es una clave de la historia, porque ella registra, con la prolijidad de las obras anónimas y útiles, el acaecer de las comunidades humanas que la hablan.

Como lo muestra Marías (2001) en su *Breve tratado de la ilusión*, una palabra puede determinar lo que somos, lo que pensamos y lo que sentimos. El que esta palabra se

desconozca en otras lenguas, o que a ella se le atribuya un sentido distinto, pone de relieve la diferencia más evidente de los hechos históricos y, en general, de la vida vivida por los diversos hablantes. La comunidad lingüística entre españoles y americanos es también una comunidad histórica, una realidad que supera la distancia oceánica y que nos acerca en la ineludible tarea de comprender nuestro pasado común.

El reconocer esta verdad evidente y fundar en ella una aproximación a la historia está, a mi modo de ver, el principal rasgo de la obra de Américo Castro.

II

Si la lengua es uno de los vínculos más fuertes de una comunidad humana (hay otros, como la religión, la música, el folclore y, en general, el arte, el deporte, los negocios, etc.), como en efecto lo es, no debe causar ninguna extrañeza que Castro, pese a haber nacido en 1885 en Cantagallo, en la región de Río de Janeiro, Brasil, pertenezca a la comunidad de hablantes del castellano y, sobre esa base maravillosa, la lengua, se ocupe de reflexionar acerca de nuestra historia común.

Entre lengua e historia se tejen muchos hilos. Los más obvios acaso son la historia de la lengua y la lengua de la historia, valga decir, el relato y análisis de los avatares en el tiempo de un idioma y la aproximación lingüística a la construcción del discurso histórico. Castro, cuyos estudios en Granada, Madrid y París se centran en la filosofía, las letras y el derecho, llega a la historia por la vía de la lengua, de la historia de la lengua, disciplina que ahora se denomina gramática histórica (Penny 2014), de la mano de ese gran hombre que fue Ramón Menéndez Pidal.

Un estudio comprensivo de la lengua es, de manera inevitable, histórico. La lengua no es un capricho de ocasión, ni mucho menos una imposición de los poderosos o una prescripción positiva. Es, para bien y para mal, la obra de los comu-

nes, un bien auténticamente democrático, formado por razones prácticas: comunicarse, validado por el riguroso jurado del uso diario y, en tanto fenómeno vivo, capaz de cambiar, renovarse y reinventarse.

En el ámbito de la lengua, la carrera de Castro es fulgurante. En 1910 hace parte del recién fundado Centro de Estudios Históricos, en donde se encarga de la sección de lexicografía. En 1911 se recibe como doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid. En 1913 es ya auxiliar en la Facultad de Letras. En 1915 obtiene la cátedra de Historia de la Lengua Española. Este ritmo vital trepidante será una de las improntas de su biografía y permitirá comprender su intensa producción bibliográfica.

La historia de la lengua pasa, como es obvio, por la historia de su formación y, además, por la historia de su uso. De lo uno y de lo otro dan cuenta las diversas ediciones de los diccionarios. Con todo, la aproximación al fenómeno de la lengua, a partir de su uso, debe considerar dos manifestaciones distintas: la lengua hablada y la lengua escrita (Vallejo 1983). Así, pues, la historia de la lengua, cuando se ocupa de la segunda manifestación, puede y debe devenir en historia de la literatura.

La palabra literatura tiene una etimología interesante, como suelen serlo en realidad todas las etimologías. La literatura proviene de la raíz indoeuropea *deph* (*estampar*), y de ella se derivan las voces latinas *littera* y *litteratura*, a las que en castellano denominamos con las palabras letra y literatura.

Como catedrático de Historia de la Lengua Española que era, las primeras reflexiones de Castro se encaminan por dos amplios cauces: el de la enseñanza y el de la reflexión. De lo hecho en la primera materia, merece la pena destacar las obras *La enseñanza del español en España* (2001), publicada originalmente en 1922, y *Lengua, enseñanza y literatura* (1924). De sus reflexiones en la segunda materia, que lo llevan a interesarse por fueros, glosarios y otras antigüedades, vale la pena destacar

su preocupación por comprender los avatares de la lengua en el medievo y, por esa vía, a presentar obras que serán precursoras de su posterior actividad intelectual, como el artículo «*Disputa entre un cristiano y un judío*» (1914).

En la década de los años veinte, cuando el catedrático Castro, es invitado como conferencista por varias universidades americanas y europeas, aparece en su obra un nuevo matiz, el estudio biográfico de grandes autores de la lengua castellana y el análisis de sus obras. De esta época son los textos *Vida de Lope de Vega* (1968), publicado originalmente en 1919, *Santa Teresa y otros ensayos* (1929) y, la obra que en compañía del profesor H. A. Rennart escribió sobre *El pensamiento de Cervantes* (1925).

Parece plausible asumir que esta revisión de Cervantes, que ha sido un lugar común entre los filólogos, filósofos, gramáticos y profesores, sea una de las claves para comprender su creciente interés por la sociedad del siglo XVI, en la cual todavía estaba fresca la huella de las tres civilizaciones que convivieron, aunque no siempre en paz, en la península. A este cometido dedica Castro, además de la obra ya dicha, otros libros, como *Cervantes y la inquisición* (1930), *Los prólogos al Quijote* (2002), publicado originalmente en 1941, *El celoso extremeño de Cervantes* (1947 a), *La estructura del Quijote* (1947 b), *Hacia Cervantes* (1957) y *Cervantes y los casticismos españoles* (1974).

Lejos de convertir a Cervantes y a su obra en un canon, o en un arquetipo forzoso de la enseñanza, logrando el milagro de mostrarlo almidonado y, lo que es peor, aburrido, Castro se esmera en buscar, en medio del solaz que produce esa obra fantástica y de la revisión de la interesante biografía de su autor, la huella lingüística de su época y, con ella, una clave para aproximarse a la historia de esa lengua y, por esa vía, del grupo humano que la hablaba. En este empeño, como era habitual en él, irá hasta el fondo, con las obras *Aspectos del vivir hispánico* (1970), *De la edad conflictiva* (1963), *Origen, ser y existir de los españoles* (1959), *La celestina como contienda literaria* (1965) y *Sobre el nombre y el quién de los españoles* (1973).

La lengua no miente. Al no ser un producto deliberado o impuesto, sino una construcción social anónima, los usos lingüísticos son capaces de revelar, y así lo hacen siempre, a partir de la impronta cultural dejada, hechos que, por su relevancia, merecen tenerse como hechos históricos.

La senda abierta con el trabajo sobre Cervantes fructificará más tarde, cuando el catedrático Castro deba emigrar a América, en razón de la guerra civil. En este lado del Atlántico encontrará acogida, primero en Argentina y más tarde en las Universidades de Wisconsin y Princeton. En este peregrinaje, surgirá la que será, acaso, su obra más polémica e interesante, *España en su historia: cristianos, moros y judíos* (1948).

Sin llegar al extremo de Araya (1983), que se refiere a la obra como una revolución copernicana, lo cierto es que la propuesta de Castro conmovió a la comunidad académica de entonces. Esta obra, que será ampliada en *La realidad histórica de España* (1954), motivará intensos debates, como el que se trabó con el profesor Claudio Sánchez Albornoz, que responde a esta propuesta con su monumental *España, un enigma histórico* (1956).

La obra de Castro, en lugar de afincarse en categorías caras a los historiadores más ortodoxos, como el espacio y la continuidad histórica ininterrumpida de quienes lo ocupan, se plantea de otro modo. Esta conducta rebelde y, al mismo tiempo, innovadora, es quizá el rasgo más atractivo de su carácter, de su permanente actitud de cuestionar lo dado, de repensarlo y de rehacerlo. El planteamiento al que me refiero, se hace a partir de tres elementos centrales.

El primer elemento es la crítica. Castro propone una revisión crítica a la visión de la historia como leyenda, a ese esfuerzo, por desventura frecuente, de crear relatos prescindiendo de los hechos relevantes, eso sí de manera coherente y armoniosa, para luego hacerlos pasar por historia. A su juicio las leyendas, sean negras o blancas, en tanto hijas de los mitos, no dan cuenta de los hechos y, menos aún, pretenden razonar sobre

ellos, sino que se nutren de prejuicios y no aceptan razones. Estas leyendas, no pocas veces, se convierten en propaganda y pretenden justificar el horror. De esto hay mucho en la tragedia que se vivió en buena parte del siglo pasado.

El segundo elemento es una revisión del espacio como categoría histórica. Más allá del espacio geográfico, o como una categoría externa del juicio en el pensamiento kantiano, Castro propone un espacio menos abstracto, más circunstancial, más próximo al individuo. A este espacio revisado, lo denomina *morada vital*. Este elemento, que recuerdo haber visto con curiosidad y emoción en mi primera lectura de la obra de Castro, en la entrañable edición de Porrúa de *La realidad histórica de España*, fue para el estudiante que yo era entonces, que no pretendo nunca dejar de ser, un atractivo al que no pude —y todavía no puedo— ser indiferente.

La *morada vital* es el elemento objetivo para comprender al ser histórico que es el hombre. Está dada por sus posibilidades reales, tanto internas como externas. Marca lo que podría ser y, por tanto, también lo que no podría hacer. Es, para decirlo en términos más coloquiales, el escenario de su drama vital, el contexto espacial y temporal al que al hombre concreto no le es dado sustraerse.

El tercer elemento es «*la vividura*». Dentro de las posibilidades que brinda la *morada vital*, es el hombre, en ejercicio de su libertad, el que decide cuáles realizar y cuáles no. Es el hombre el hacedor de su vida y, por tanto, el hacedor de la historia, de su historia.

Castro suministra, y esa es la primera razón que me ha movido a escribir esta semblanza, herramientas valiosas para una teoría de la historia o, como decían antes, para una filosofía de la historia, en tanto y en cuanto, a partir de la *morada vital* y la *vividura* existen unos elementos metodológicos adecuados para comprender al hombre, a su tiempo y a su vida en ese tiempo.

Es innegable que en la obra de Castro hay vestigios de la célebre reflexión sobre el hombre y sus circunstancias de Ortega y, por tanto, del ser-en-el-mundo de Heidegger, pero eso no va en desmedro del meritorio trabajo de haber adaptado, a partir de estos fundamentos filosóficos, un modo particular de aproximarse a la historia, que puede usarse, cómo no, para la historia de eso que denomina España y que particularmente prefiero designar como «Las Españas», pero también puede usarse para otras historias.

III

Más allá de su estructura teórica, lo que interesó más a sus contemporáneos fue su negativa rotunda a asumir que la mera continuidad espacial fuese suficiente para que existiera una continuidad histórica, y su propuesta de que, al separar y escindir dicha continuidad, las historias tuviesen un comienzo que, en el caso de la de España, Castro cifra en el *momentum* creador, en el que convergen las tres civilizaciones que están en la península: cristianos, moros y judíos.

La pretensión de remontar la historia de esa comunidad humana, por lo demás tan problemática que se denomina España, hasta los días de los iberos y de los celtas, o de los romanos, por el simple hecho de ocupar el mismo espacio, hoy puede parecer desmesurada. Sin embargo, en los días de Castro no era así. De ahí que su crítica haya sido en su tiempo heterodoxa, pues rompía una pretendida continuidad histórica.

Claro que somos, y los americanos también lo somos, con el mismo derecho y por las mismas razones, descendientes de esos pueblos antiguos. En nosotros hay todavía algo de los iberos, de los celtas, quizá algo más de los romanos —al menos lo hay en nuestro idioma, en las bellas y armoniosas voces latinas—, pero eso no significa que seamos iberos, celtas o romanos.

Como también somos, incluso los americanos, descendientes de los pueblos más recientes, de los que en alguna

época se tenían por bárbaros, de godos y visigodos. En nosotros vive algo de ellos, de su cultura y de su legado. Pero no somos godos o visigodos.

La propuesta de Castro es, en este contexto, dar una nueva fundamentación a la historia, cifrarla en un momento posterior, en el cual comienzan a convivir las civilizaciones de cristianos, moros y judíos en un crisol de culturas, y de esa convivencia, de ese mestizaje, surgirá España.

Como dice Gil (438) en su reseña de la obra de Castro, el nacimiento de España –de lo que él denomina «nuestra España»– «*al calor de la empresa reconquistadora no podrá ser discutido ya seriamente por nadie*». Antes del año 711 España no existe. Asturias, León, Castilla, Aragón, Cataluña y muchos otros de sus elementos no existían entonces. Por ahí se encamina su crítica: Castro acierta al mostrar la importancia de cristianos, moros y judíos, pero olvida ocuparse de la importancia de los múltiples pueblos, naciones o regiones que surgen de la reconquista. De ahí que, prosigue el profesor catalán, su teoría incurra en el mismo error que la de Ortega en su *España invertebrada* (1952), al identificar a España con Castilla y al emplear un nuevo idealismo: su método vitalista, que también es insuficiente para dar cuenta del fenómeno histórico.

El «*vivir desviviéndose*», al que alude con frecuencia Castro, exige, incluso cuando se trata de comprenderlo a él y a su obra, y con ello a su tiempo y a sus circunstancias, ir más allá. Bien podrían dejarse las cosas como están: gracias, señor Castro, por su crítica, por abrir nuevos horizontes, por darnos la oportunidad de pensar de otro modo la historia, por mostrarnos que somos un pueblo mestizo y diverso. Su aporte no es menor, con esto habría sido suficiente, no sería necesario agregar nada más para mostrar que esta es la segunda razón que me ha movido a escribir esta semblanza. Sin embargo, fiel a su talante, no puedo acabar aquí, debo decir algo más.

Como su amigo Goytisolo, a quien lo unió el hermoso vínculo de la correspondencia (*El epistolario: cartas de Américo Castro a Juan Goytisolo, 1997*), debo reconocer que, en esto, como en casi todo lo suyo, señor Castro, hay un proceso de pensar y repensar las cosas, de una elaboración constante o, para decirlo con el mismo ritmo de revisión de sus obras, de varias ediciones.

Sus afectos por la lengua y su paciencia para buscar el origen de las palabras, le permitió mostrar y demostrar que la palabra español, paradójicamente, no es española. En su libro su libro *Español, palabra extranjera: razones y motivos* (1970), esta palabra tiene origen foráneo. Surge en Provenza en el siglo XIII para denominar a los habitantes de allende los pirineos, que hasta entonces se llamaban y se identificaban como cristianos, pero que ya no eran solamente cristianos, sino también moros y judíos. Y lo eran, principalmente por su lengua, en la que hay, quién puede dudarlo, términos de los tres y, por eso, es una lengua mestiza, un reflejo fiel de lo que son sus hablantes.

No seré yo quien soslaye el debate peninsular sobre España o las Españas, que tan caro es a Gil y, con él, a tantos pensadores no castellanos, menos aún desde esta América, que algunos tienen por las Américas, en donde con las mismas razones, e incluso con menor razón, todavía las gentes se empeñan en asumir que los países que hablamos castellano somos comunidades diferentes, al punto de que cada una tiene una historia propia, frente a la innegable realidad de nuestro pasado común y ante el sueño, por ahora y hasta ahora sólo un sueño, de un futuro común.

Tampoco seré yo quien evite, por el contrario, me parece necesario propiciarlo, el debate sobre si los americanos somos españoles o no.

Para asumir ambos debates, siguiendo la estela de Castro, me parece que el elemento más relevante debe ser la lengua.

Y por esto, solo por esto, me parece que en lugar de España debe hablarse de las Españas. Y por esto mismo, me parece que la lengua que hablamos, nuestra lengua franca, si bien puede denominarse español, es y no ha dejado de ser el castellano.

Sin embargo, esta lengua no es única. En la península se forman varias lenguas. Entre ellas hay, sin duda, muchos elementos semejantes, pero también hay diferencias. Así, en un determinado lugar de la península, en Castilla, aparecerá el castellano, en el que convergen elementos de otras lenguas, y se irá formando con el lento trasegar de los siglos. Esta pluralidad de lenguas permite, al menos en principio, hablar de una pluralidad de comunidades y, por tanto, no de España, sino de las Españas.

Entre estas lenguas, el castellano emergerá como la lengua franca, la lengua en la que todos, pese a su diversidad, pueden entenderse, podemos entendernos. Por ser la lengua franca, tiene sentido que se la denomine español y no lo tiene, aunque así se haga, cada vez con más ímpetu y saña, el renunciar a sus posibilidades de comunicación, para confinarse en el minúsculo hábitat de una lengua periférica de una comunidad autónoma. El bilingüismo es un don maravilloso al que no merece la pena renunciar.

Esta diversidad, que no se predica solo de la lengua, sino que se advierte también en las costumbres, en la organización política (la extensa lista de reinos da cuenta de ello) y hace que, como a muchos provincianos peninsulares, incluso de grandes urbes, de ayer y de hoy, me resulte difícil asumir la realidad de España en lugar de la de las Españas. No obstante, de esto no se sigue, que me sea posible negar, pese a las particularidades de cada quién, los firmes vínculos que nos unen, sin cambio alguno, y de manera principal, el de la lengua y el de la historia común.

Con todo, la propuesta de Castro, si bien da cuenta de la historia de España, también podría darla de la historia

de las Españas, pues en ella está, incluso en cada una de sus diversas comunidades, no es hora de venir a negarlo ahora, la convergencia de cristianos, moros y judíos. A estas horas sería anacrónico volver con aquello de la limpieza de sangre y con las pretensiones de ser, todos, cristianos viejos.

En América las cosas son diferentes. Y lo son por dos razones. La primera es que la única lengua de la península que llega aquí es el castellano. Y esto no es casual, pues la «conquista» y «colonización» fueron obra de Castilla. La segunda es que esa lengua, al llegar al nuevo continente, se encuentra con otras, las lenguas indígenas, casi innumerables y, por desventura, muchas de ellas hoy desconocidas, con las que entra en un nuevo mestizaje. Para hacer más interesantes las cosas, con el tiempo se sumarán otras lenguas, las de las personas que son traídas de África, como esclavos.

Así, pues, los americanos, por nuestra lengua, somos castellanos o, si se quiere, españoles, pero no somos solo eso. También somos mestizos. Las lenguas indígenas náhuatl, mayas, chibchas, quechuas, guaraníes, aimaras, para hablar apenas de algunas que todavía sobreviven, y las lenguas habladas por los que aquí llegaron como esclavos, también definen nuestra identidad.

Como, con perspicacia, lo advierte Castro en su obra *Iberoamérica. Su historia y su cultura* (1971), este mestizaje fundacional del ser americano, visto aún con reservas e inseguridades y, por tanto, todavía a estas alturas, controvertido y sin aceptar, hace que en los americanos exista una profunda contradicción consigo mismos. Esta contradicción, que Castro plantea en términos de «*son espontáneamente de una manera y necesitan vivir de otra*», exagera la sensibilidad local y, lo que es peor, esto sigue siendo así, de tal modo que «*consideran ofensa lo que no es lisonja, y dan gran importancia a lo que se escribe de ellos*» (15).

El aceptarnos como lo que somos, una compleja y rica mezcla de civilizaciones, en la que convergen cristianos, moros,

judíos, indígenas y africanos, en el crisol de culturas que es la América que habla castellano, es, todavía hoy, sí todavía, una necesidad impostergable. El asumir la historia, nuestra historia, sobre esta base, en lugar de la negación de aquello que también somos, o de la exaltación desmesurada de una parte de lo que somos, ha sido muy difícil en estos lares. La obra de Castro nos ayuda a ver, y nos ayuda incluso ahora, que el no aceptar esa realidad, múltiple y mestiza, mantendrá esa profunda contradicción en la que se han consumido ya dos siglos: la de ser unos y aparentar ser otros.

¿Somos castellanos, españoles y europeos? Sí lo somos. No seré yo quien reniegue de ello y, además, lo haga en una lengua que es castellana, española y europea. Ese ridículo no lo haré. Pero no solo somos eso. También somos indígenas y africanos. Somos el resultado de esta mezcla: americanos, y lo somos en una morada vital diferente (la de la inmensidad americana, con su verde interminable, con sus desmesuras, con su trópico) y con su castellano plagado de americanismos y, acaso por eso, más colorido y hermoso.

Bibliografía

- Appleby, Joyce, Hunt, Lynn y Jacob, Margaret.
La verdad sobre la historia, trad. Luis Molina S.
Santiago: Editorial Andrés Bello. 1998.
- Araya, Guillermo. *El pensamiento de Américo Castro*,
Madrid: Alianza. 1983.
- Bloch, Marc. *Introducción a la historia*. Trad. Pablo
González Casanova y Max Aub. México:
Fondo de Cultura Económica. 2011.
- Braudel, Fernand. *La Historia y las Ciencias Sociales*.
Trad. Josefina Gómez Mendoza. Madrid:
Alianza. 1974.
- *Las ambiciones de la historia*. Trad. María José Furió.
Barcelona: Crítica. 2002.
- Carr, E.H. ¿Qué es la historia?, trad. Joaquín Romero
Maura. Barcelona: Ariel. 2017.
- Castro Quesada, Américo. “*Disputa entre un cristiano y
un judío*” en *Revista de filología española*. I. Madrid:
Casa Editorial Hernando. 1914.
- *Lengua, enseñanza y literatura*., Madrid: V. Suárez.
1924.
- *El pensamiento de Cervantes*. Madrid: Casa Editorial
Hernando. 1925.
- *Santa Teresa y otros ensayos*. Madrid: Historia Nueva.
1929.
- *Cervantes y la Inquisición*. Modern Philology. 1930.
Digital. Recuperado de [http://www.jstor.org/
stable/433648](http://www.jstor.org/stable/433648).
- *El celoso extremeño de Cervantes*. Buenos Aires: Sur.
1947 a.
- *La estructura del Quijote*. Princeton: Princeton
University. 1947 b.
- *Hacia Cervantes*. Madrid: Taurus. 1957.

- *Origen, ser y existir de los españoles*. Madrid: Taurus. 1959.
- *De la edad conflictiva*. Madrid: Taurus. 1963.
- “*La celestina como contienda literaria*”. *Revista de 1968, Vida de Lope de Vega*. Salamanca: Anaya. 1965. Impreso.
- *Aspectos del vivir hispánico*. Madrid: Alianza. 1970.
- *Sobre el nombre y el quién de los españoles*. Madrid: Taurus. 1973.
- *Cervantes y los casticismos españoles*. Madrid: Alianza y Alfaguara. 1974.
- *El epistolario: cartas de Américo Castro a Juan Goytisolo (1968-1972)*. Valencia: Talleres Gráficos Ripoll. 1997.
- *La enseñanza del español en España*, Almería: Universidad de Almería. 2001. Impreso.
- “*Los prólogos al Quijote*” en *El pensamiento de Cervantes y otros estudios cervantinos*, Madrid: Trotta. 2002.
- Childe V. Gordon. *Teoría de la historia*, trad. Aníbal Leal. Buenos Aires: Editorial La Pléyade. 1971.
- *Qué sucedió en la historia*, trad. Elena Dukelsky. Barcelona: Crítica. 2008.
- Collingwood, Robin George. *Qué es la historia*, trad. José Luis Cano. Buenos Aires: El cuenco de plata. 2016.
- *Idea de historia*, trad. Edmundo O’Gorman y Jorge Hernández Campos. México: Fondo de Cultura Económica. 2017.
- Contreras Peláez, Francisco J. *La filosofía de la historia de Johann G. Herder*. Sevilla: Universidad de Sevilla. 2004.
- Febvre, Lucien. *Combates por la historia*. Barcelona: Planeta-Agostini. 1993.

- Flórez Miguel, Cirilo. *Génesis de la razón histórica*. Salamanca: Universidad de Salamanca. 1983.
- Gil Novales, Alberto. “Reseña sobre *La realidad histórica de España*” en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, Vol. 16, Núm. 3/4, pp. 438-442. 1962.
- Marías, Julián. *Breve tratado de la ilusión*, Madrid: Alianza. 2001.
- Ortega y Gasset, José. *España invertebrada: bosquejo de algunos pensamientos históricos*, Madrid: Revista de Occidente. 1952.
- Penny, Ralph. *Gramática histórica del español*. trad. José Ignacio Pérez Pascual. Barcelona: Ariel. 2014.
- Pluckrose, Henry. *Enseñanza y aprendizaje de la historia*. Madrid: Ministerio de Educación, Cultura y Deporte y Ediciones Morata. 2002.
- Vallejo, Fernando. *Logoi: una gramática del lenguaje literario*. México: Fondo de Cultura Económica. 1983.
- Vilar, Pierre. *Pensar históricamente. Reflexiones y recuerdos*. Barcelona: Crítica. 2004.
- Vygotsky, Lev. *Pensamiento y lenguaje*. Barcelona: Paidós. 2010.
- Walsh, W. H. *Introducción a la filosofía de la historia*. Trad. Florentino M. Torner. Madrid: Siglo XXI Editores. 2006.